

VIÁVEZ: HOMENAJE A TRES MARINEROS

JUAN DE LILLO y JOSE VELEZ, enviados especiales

Viáñez es un pueblo de profunda tradición marinera. De sus casas salieron durante años y años, hombres que han vivido en la mar y de la mar. Allí, cerca del puerto, existió durante siglos un astillero donde se construyeron barcos para los puertos más importantes de Europa: Francia, Inglaterra...

Ahora Viáñez, el pueblo que esconde entre montañas, va a rendir homenaje a tres marineros: José Murias, Sabino Gayo y Manuel Fernández. El sábado por la noche en presencia de más de cien vecinos, en una cena familiar, les será impuesta la insignia de oro del Club de Remo, honor con que el pueblo distingue a quienes de algún modo han destacado a lo largo de una vida dedicada al mar.

ES UNO DE LOS MEJORES MARINEROS DEL CANTÁBRICO

Sabino Gayo realizó más de once operaciones de salvamento en alta mar

Los armadores más importantes se lo disputaban como a un futbolista famoso



José Murias, que fue, durante quince años, patrón del barco más viejo del mundo.

UN SOLO PERCANCE:

Por avería hubo de ser remolcado por el «Galicia», que patronaba su tío

Cuando Sabino Gayo Murias llegó a pasar sus vacaciones a Viáñez se enteró del homenaje que le dedicaban sus convecinos. —Me habían dicho algo, pero no me habían concretado nada. No sabía en qué iba a consistir, ni tampoco la fecha...

Sabino está actualmente en Avilés. Es patrón de un "bou" de arrastra. Según

dicen en Viáñez es uno de los mejores marineros del Cantábrico. Se lo disputaron varios armadores en una verdadera guerra de fichajes.

—Lo traían como a los futbolistas. Durante algún tiempo recibía más correspondencia que un ministro. Por fin, se decidió a irse para Avilés.

Sabino es otro de los ma-



Sabino Gayo, uno de los mejores patrones del Cantábrico.

SE RETIRO HACE UN MES

JOSE MURIAS FUE PATRON DEL BARCO MAS VIEJO DEL MUNDO

Durante más de cuarenta y cinco años en el mar no tuvo ni un solo accidente

José Murias fue durante quince años patrón del barco más viejo del mundo, el carguero «Galicia», que por espacio de ciento trece años recorrió miles de millas entre Vigo y Pasajes.

—El aún sigue navegando. A mí me dejó ya en tierra hace un mes...

José tiene sesenta años. Es un hombre más bien bajo, con el pelo cano y una mirada un tanto cansada. Ahora, después de quedar en tierra, como él dice, se pasa las horas jugando la partida con sus amigos de Viáñez o cuidando las plantas.

—No me acostumbro a vivir en seco; fueron cuarenta y cinco años de mar, y un mes en tierra es poco

aún para que pueda equilibrar mi vida. Cuando yo me hice cargo del «Galicia» aún llevaba velas; seguía con los mismos medios que cuando salió de los astilleros de New Castle... Luego poco a poco fueron haciendo ciertas innovaciones, hasta que lo dejaron en condiciones de continuar unos cuantos años más en el mar.

Pero pocos más seguirá, porque José cree que a estas alturas ya resulta antieconómico.

—Nada —dice uno de los contertulios—; que el barco y el patrón están ya para desguace.

La broma del compañero de partida de José fue acogida con unas risas por todos los asistentes.

—Qué va. El barco ya no durará mucho más, pero yo aún tengo que dar mucha guerra, aunque sea en tierra, y ganarme muchas partidas.

Ahora Viáñez va a rendirle un homenaje cariñoso junto con otros dos marineros de este pueblo de profunda tradición marinera.

—Para mí es una gran satisfacción esta distinción que me conceden mis paisanos, porque tiene el valor de la sinceridad y del calor casi familiar con que aquí vivimos.

En las palabras de José hay cierto peso de nostalgia, de añoranza. Aún está muy próximo su último viaje y solamente el tiempo y muchas horas de tertulia podrán convertir en recuerdo lo que ahora es aún actualidad.

—Aún no me he hecho

bien a la idea. A veces me engaño pensando que estoy pasando unas vacaciones.

Pero el record de José no es sólo el haber mandado el barco más viejo del mundo, sino que durante su larga vida de mar, este simpático marino de mirada melancólica no ha sufrido ni un solo percance.

—Esto no es cuestión de habilidad; en muchos casos es suerte solamente.

Aunque seguro que con su gran experiencia, José le haya tendido un cabo a la suerte en más de una ocasión.

rineros que en su vida de mar no ha tenido un solo percance grave, aunque él ha dirigido más de once operaciones de salvamento. —Casi todas ellas fueron en momentos bastante difíciles. Cuando llegamos casi estaban ya en situación extrema.

Algunos de los remolques y salvamentos que dirigió este marino fueron operaciones de varias horas de lucha con el mar.

—En el último en que intervine tardamos más de cuatro horas en lograr organizar el salvamento y remolque. Cuando ya teníamos los cables amarrados para arrastrar al barco, se nos rompieron. La fuerza del temporal hizo difícilísima una operación que es-

tuvo a punto de costar muchas vidas.

Sabino es aún joven. Tiene solamente cuarenta y un años. Es un hombre fuerte, con el pelo gris, rostro tostado y una mirada viva. Está ahora en plenitud de experiencia y de equilibrio marinero.

Pero a pesar de los riesgos que corrió para ayudar a otras embarcaciones, Sabino también llegó, en una ocasión, a puerto remolcado por el «Galicia».

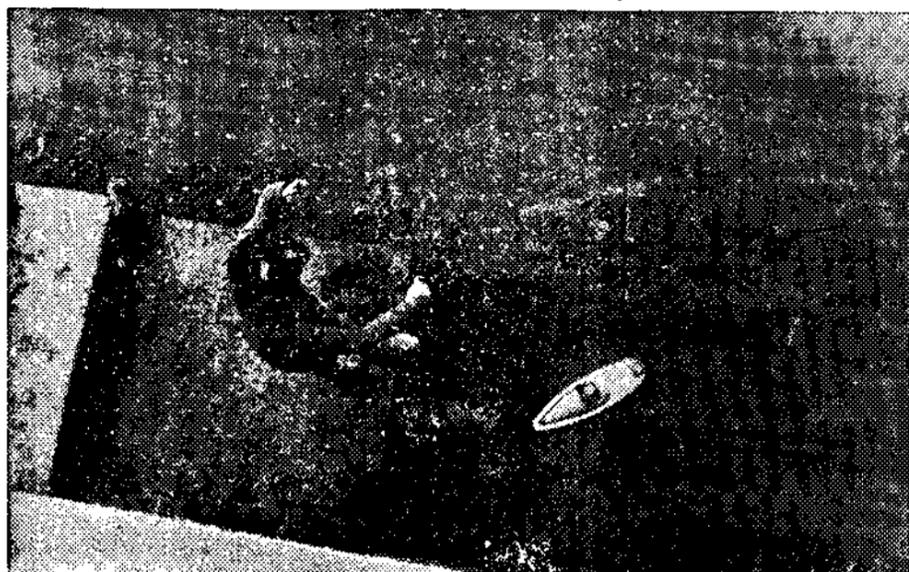
—Tuvimos una avería que no nos permitía avanzar ni un metro.

El barco que lo remolcó era el más viejo del mundo, que lo patronaba su tío, José Murias.

Los dos están ahora en el bar jugando la partida. Esperan a Manuel Fernández, el tercero a quien el sábado rendirán homenaje en este bonito pueblo marinero.

—Manuel —dice Sabino— fue timonel de un barco de guerra que durante nuestra Cruzada de liberación recibió una distinción por su comportamiento y disciplina de su tripulación. Él fue un marino distinguido en la Armada.

El día 22, en una fiesta familiar y sencilla, estos tres marineros de Viáñez recibirán el homenaje de sus convecinos como muestra del reconocimiento de unas cualidades y de unas virtudes. De esas virtudes marineras que han llevado por los mares el nombre de este pueblo que cueiza sobre el mar, de casas con tejado de pizarra y de sents cordiales y acogedoras.



Los niños, siguiendo la tradición marinera de sus mayores, juegan a los barcos. Allí, en el puerto, desde donde salieron barcos para toda Europa, un pequeño vapor de juguete estuvo, durante horas, amarrado al lado de la escalera. No importa que el barco sea de hojalata. El niño vive su juego con la seriedad de una importante operación marinera.

